

ejércitos árabes y españoles peleaban juntos; cautivos musulmanes eran educados por los cristianos y los hacían sacerdotes, como los *clérigos sacericantores* de Alfonso el Casto; sacerdotes cristianos eran hechos cautivos por los sarracenos, y con sus predicaciones convertían después á los musulimes como San Víctor (1); renegados de una y otra religion que se pasaban á los dominios contrarios; capitulaciones, cartas, embajadas, y por último enlaces matrimoniales entre súbditos y aun entre príncipes de ambos pueblos. Todas estas relaciones no podían menos de producir mezclas en los idiomas, y no extrañamos que Marina señale la lengua árabe como una de las que se inoculaban mas en la que hoy se habla en Castilla (2); ni que Escalígero dijera que eran tantas las voces árabigas que se encontraban en España, que podía hacerse de ellas un lexicon completo (3). Y aunque no carezca de razon un crítico moderno cuando dice, «que entrando en el exámen de la afinidad de las lenguas por el significado de ciertos vocablos y por el análisis, se entra en un laberinto y se prueban los mayores absurdos,» tales pueden ser las afinidades, y tan numerosas las voces y de tan clara procedencia, que no pueda ponerse en duda su origen, y no hay sino abrir el vocabulario español para hallar multitud de palabras cuya raíz, sabor y sonido árabe es imposible desconocer.

Mientras así se formaba la lengua en el Norte de España, los cristianos del Mediodía de tal manera llegaron á arabizarse, que al decir del ilustre cordobés Pablo Alvaro (4), á mediados del siglo IX apenas se encontraba en aquella tierra quien supiese escribir bien una carta en latin, habiendo por el contrario muchísimos que hacían elegantes y muy correctos y limados versos en árabe. Y esto hubiera acontecido de todos modos con el transcurso de los tiempos, y aun cuando el emir Hixem no hubiera prohibido, como prohibió, que se enseñase el latin en las escuelas de los cristianos, y ordenado el uso del árabe para todas las transacciones sociales.

Entre tanto en el Oriente de España, en la Cataluña ó condado de Barcelona, formábase también otra lengua, nacida, como la castellana, del latin corrompido y modificado con los idiomas y dialectos de los pueblos de raza germánica que se establecieron en el Mediodía de la Francia, con quienes en tan inmediatas y tan largas relaciones estuvieron aquellas regiones españolas. Este idioma, construido también sobre las ruinas del romano, fué el provenzal ó lemosin, del que dijo nuestro historiador Gaspar Escolano: «La tercera lengua maestra de las de España es la lemosina, y mas general que todas.... por ser la que se hablaba en Provenza, y toda la Guiayna, y la Francia Gótica, y la que agora se habla en el Principado de Cataluña, reino de Valencia, islas de Mallorca, Minorca, etc. (5).» Y hablábase en efecto el lemosin en la larga zona comprendida desde las fronteras de Valencia y parte de Aragon, Cataluña, la Guiena, Languedoc, Provenza, y la Italia Septentrional hasta los Alpes: era la lengua de los célebres *trovadores provenzales* (6).

No insistimos ahora mas sobre este punto, porque la historia y los documentos nos irán mostrando cómo el idioma, siguiendo la misma marcha que la nacion, se fué formando como ella sobre los fragmentos incoherentes y dispersos ar-

(1) Florez, Esp. Sagr. tom. 28: Apéndice III.—El mismo Florez, y Berganza en sus Antigüedades, traen documentos de fundaciones religiosas, en los cuales se leen, entre los nombres de los firmantes, no pocos de presbíteros ó clérigos, ó con muy poca alteracion, ó completamente árabes, como *Meliki presbiter, Mæruanus presbiter, Alaytrac presbiter, Ayub diaconus, Mohamudi diaconus*, etc.

(2) Memoria sobre el origen y progresos de la lengua, y especialmente del romance castellano, inserta en el tomo IV de las de la Academia de la Historia.

(3) Joseph. Escalig. Epistole: epíst. 228 ad Isaacum Fontanum.

(4) En su *Indiculus luminosus*.

(5) Hist. de Valencia, part. I, lib. 1, cap. 14.

(6) «Tal vez, añade un moderno escritor francés que suele hablar con acierto de las cosas de España, tal vez en Cataluña y Aragon tomó origen el uso de la lengua provenzal, porque los catalanes en su famosa *Proclamacion católica* recuerdan al rey de España, como uno de sus principales méritos, que los primeros padres de la poesia vulgar fueron los catalanes....» Viardot, Hist. de los árabes de España, part. II, capítulo 2.

rancados á anteriores dominaciones, que unidos con el tiempo habian de constituir una nacion y una lengua propia, abundante y rica.

#### CAPITULO XIV

Abderrahman III en Córdoba.—Desde García hasta Ordoño III en Leon

DE 912 Á 950

Toma Abderrahman el título de *Califa* y de *Emir Almumenim*.—Dedícase á pacificar la España musulmana.—Vence á Caleb ben Hafsin.—Persigue y somete á los rebeldes de Sierra Elvira.—Breve reinado de García, primer rey de Leon.—Eleccion de Ordoño III.—Recobra Abderrahman á Zaragoza.—Muerte del famoso revolucionario Ben Hafsin.—Triunfo de Ordoño II sobre los árabes en San Estéban de Gormaz.—Derrota de los reyes de Leon y Navarra en Valdejunquera: resultados de esta batalla.—Llega Ordoño II hasta una jornada de Córdoba.—Prende y ejecuta á cuatro condes de Castilla.—Muerte de Ordoño II.—Efímero reinado de Fruela II.—Jueces de Castilla: Lain Calvo y Nuiú Rasura.—Alfonso IV de Leon.—Gloriosos triunfos de Abderrahman.—Apodérase de Toledo.—Ramiro II de Leon.—Encierra en un calabozo á su hermano Alfonso y á sus tres primos, y hace sacarlos los ojos.—Su primera campaña contra los sarracenos: toma y destruye á Madrid.—El conde Fernan Gonzalez.—Célebres batallas de Simancas y Zamora: triunfos de Ramiro II.—Tregua con Abderrahman.—Prision y libertad de Fernan Gonzalez.—Muerte de Ramiro II y elevacion de Ordoño III.

Llegamos á uno de los reinados mas brillantes de la dominacion árabe en España; pero también comienza á complicarse la historia de esta nacion, abriéndose nuevos teatros á los sucesos.

Reinaba García en Leon; gobernaban sus dos hermanos Ordoño y Fruela la Galicia y Asturias, como condes ó señores, ó si se quiere con el título honorario de reyes; á Borrell I habia sucedido Sunyer en el condado de Barcelona (7); y en Navarra seguía reinando Sancho García ó Garcés, cuando subió al trono de los Beni-Omeyas el nieto de Abdallah, el hijo de Mohammed el *Asesinado*, el joven y aventajado príncipe que estaba siendo el encanto y las delicias de la corte de Córdoba, el mas hermoso de los musulimes, el de color sonrosado y ojos azules, el amable, el gentil, el erudito y prudente Abderrahman, de quien anunciarnos habia de ser la gloria y el orgullo de los Omniadas, de quien dijo Ahmed Almakari, «que Dios le habia dado la mano blanca de Moisés, aquella mano poderosa que hace brotar agua de las peñas, que hiende las olas del mar, la mano que domina, cuando Dios lo quiere, los elementos y la naturaleza entera, y con la que llevó el estandarte del islamismo mas lejos que ninguno de sus predecesores.» Todos los pueblos y todos los partidos recibieron con júbilo la proclamacion de aquel joven de veintidos años, á quien conocian ya por su discrecion y sus virtudes. Los partidarios de Abdallah veian en él al predilecto de su abuelo; los muzlitas no recelaban de un príncipe cuyo padre habia sido sacrificado por su propia causa; y hasta los cristianos andaluces, después de las persecuciones sufridas, miraban con aficion al primer soberano musulman por cuyas venas corria sangre cristiana, porque «la madre que le parió (dice la crónica árabe) se llamaba María, hija de padres cristianos (8).» Fué el primer emir de Córdoba que tomó el título de Califa á imitacion de los de Bagdad, abusivamente dado por nues-

(7) Y no Miron, como suponen casi todas nuestras historias, incluso las de Cataluña, hasta que en la obra antes citada del archivero Bofarull se fijó la verdadera cronología de los condes. Es extraño que habiéndose publicado esta obra en 1836, y habiendo dado á luz tres años después el diligente Carlos Romey el tomo III de su Historia de España, haya incurrido en el mismo error cronológico, haciendo á Miron sucesor de Wifredo el Velloso, cuando mediaron entre los dos Borrell I, Sunyer ó Sumiario, y Borrell II. Acaso no conociera aun los *Condes de Barcelona vindicados*.

(8) Conde, cap. 68.—Segun un Mss. del Escorial á que se refiere Morales, Abderrahman III era nieto de Abdallah y de Iníga, hija de García Iñiguez el de Navarra, la cual fué cautivada en la batalla de Aybar en que murió su padre. Mohammed, hijo de esta cristiana, se casó también con otra, llamada María, de quien nació Abderrahman.

tros historiadores á los que le habian precedido. Y deseando honrarle los pueblos le dieron también otros como el de Imam, de *Al-Nassir Ledin Allah* (amparador de la ley de Dios), y de *Emir Almumenim* (príncipe de los fieles), de que los cristianos hicieron por corrupcion *Miramamolín*. Fué el primero también que hizo grabar su nombre y sus títulos en las monedas, que hasta entonces no se habian diferenciado de las de los califas de Oriente sino en la indicacion del año y lugar en que se acuñaban. En las de Abderrahman se leía de un lado esta frase sacramental: *No hay mas Dios que Dios, único y sin compañero*: circundada de una orla que contenia estas palabras: *En el nombre de Dios, este dirhem (ó dinar) ha sido acuñado en Andalucía* en tal año. De otro lado: *Imam Al-Nassir Ledin Allah Abd el-Rahman Emir Almumenim*; y por último, la leyenda siguiente: *Mahoma es el apóstol de Dios: Dios le envió para dirigir el mundo, para anunciar la verdadera religion, y hacerla prevalecer sobre todas las demás, á despecho de los adoradores de muchos dioses*. La naturaleza de los caracteres árabigos y el carecer sus monedas de busto permitían tan largas inscripciones. A partir de este reinado muchas de ellas llevaban también el nombre del hágib ó primer ministro, lo cual no dejó en lo sucesivo de influir en las prerogativas de estos primeros funcionarios.

Dedicóse antes de todo Abderrahman á pacificar la España musulmica, y dirigiendo sus miras hacia los hijos del rebelde Hafsin que seguían apoderados de Toledo, de algunas ciudades del Mediodía, y de gran parte del Este de España, hizo un llamamiento general á todos los buenos musulimes, los cuales acudieron en tanto número á la voz del nuevo califa, que para que las familias no quedaran sin apoyo y los campos sin cultivo, fué menester limitar las huestes, quedando reducidas á cuarenta mil hombres, distribuidos en ciento veintiocho banderas. Al frente de este ejército se encaminó Abderrahman hacia Toledo. Sometiéronsele pronto las fortalezas de la comarca, y no atreviéndose Caleb ben Hafsin á sostener la campaña, salió en busca de refuerzos á la España Oriental, dejando encomendada la defensa de Toledo á su hijo Giafar. Siguióle allí el califa: su tío el valeroso Almudhaffar, bien conocido ya de los rebeldes, guiaba la vanguardia y se encargó de dirigir el combate. Pronto se encontraron con los enemigos en una espaciosa llanura á propósito para los horrores de una batalla campal, entre Toledo y las montañas de Cuenca. Prévias algunas ligeras escaramuzas entre las avanzadas de uno y otro ejército, empeñáronse en la lid ambas huestes en medio de espantosos alaridos y al ruido de las trompetas y añafles (1). Algun tiempo estuvo incierta la victoria. Al fin la numerosa caballería de Abderrahman desordenó las filas contrarias, y siete mil cadáveres enemigos quedaron cubriendo el campo del combate; el triunfo costó al califa tres mil hombres: Ben Hafsin se retiró á Cuenca con fuerzas respetables todavía. Era la primera batalla en que se encontraba el joven Abderrahman y se estremeció de ver tanta sangre musulmica derramada; los heridos de uno y otro partido le merecieron igual solicitud, y mandó que se curara á todos con esmero (913).

La continuacion de aquella guerra quedó al cuidado del entendido y leal Almudhaffar, y el califa se volvió á Córdoba acompañado de los principales jefes de las tribus andaluzas y de los jefes de su guardia particular. Poco tiempo permaneció en la corte del imperio. Habia entrado en su ánimo antes que todo sosegar las turbulencias intestinas y calmar los enconos de los partidos, y con este objeto se dirigió á las sierras de Jaen y Elvira, donde se abrigan rebeldes que no cesaban de inquietar al reino. Cuál sería la política, la prudencia, la dulzura y la confianza que inspiraba el joven califa, demuéstranlo los resultados. Los mas poderosos y ativos guerrilleros de aquellos montes no solo le rindieron las armas, sino que pidieron emplearlas en su servicio y ayudarle á acabar la guerra civil. Tales fueron el ya célebre Azomor, señor de Alhama, y el famoso Obeidalah, señor de Cazlona y jefe de los sediciosos de Huesca y de Segura. El generoso Abderrahman no solo los recibió con benevolencia, sino que nombró al prí-

mero alcaide de Alhama, y al segundo walí de Jaen. Valióle esta conducta la sumision de mas de doscientos alcaides de poblaciones fuertes que tremolaron en sus almenas el pendon real con gran contento del país. Después de lo cual regresó Abderrahman á Córdoba, y fué recibido del pueblo con inexplicable regocijo (915).

¿Qué era entre tanto de los reyes de Leon? Las crónicas musulmanas no hablan de guerras con los monarcas cristianos en los primeros años de Abderrahman, ni los mencionan siquiera. Pero suplen este vacío las crónicas cristianas. Por ellas sabemos que el primer rey de Leon, García, hizo el primer año de su reinado (910) una expedicion contra los moros de Hafsin, en que habiendo talado y quemado á Talavera, volvió con gran botín y cautivos, entre ellos el caudillo Ayola, que por descuido de los conductores logró fugarse (2). Que dotó, segun costumbre, varias iglesias y monasterios, entre ellos el de San Isidoro de Dueñas, y que murió en Zamora después de un reinado de poco mas de tres años (desde diciembre de 910 á enero de 914). A su muerte, reunidos los grandes de palacio y los obispos del reino para el nombramiento de sucesor, con arreglo á la antigua costumbre de los godos, fué electo rey de Leon su hermano Ordoño, que gobernaba la Galicia, y que ya en mas de una ocasion habia aterrado á los musulmanes con sus arrojadas excursiones hasta el Guadiana. Así volvieron á reunirse bajo un cetro Leon y Galicia, momentáneamente separadas (3).

Ocupábase Abderrahman, después de los triunfos de Jaen y Elvira, en embellecer y agrandar los pueblos, mezquitas, fuentes y otros edificios de Córdoba y de otras ciudades de Andalucía, cuando recibió cartas de su tío Almudhaffar notificándole sus ventajas contra los rebeldes de Ben Hafsin, á quienes de tal manera habia acosado que ni se atrevian ya á entrar en las poblaciones, ni se tenían por seguros sino en las fragosidades mas ásperas de las montañas; añadiendo que para acabar de exterminarlos era menester reunir toda la gente de armas de la tierra de Tadmír, y perseguirlos sin tregua ni descanso, y sin consideraciones de una humanidad mal entendida. Penetrado el califa de las razones de su tío, escribió sobre la marcha á los gobernadores de Valencia y Murcia, para que al apuntar la primavera tuviesen toda su gente aparejada y pronta para entrar en campaña: él mismo partió con su caballería á la provincia que conservaba el nombre de Tadmír; recibiéronle con entusiasmo en Murcia, Lorea y Orihuela, visitó las ciudades de la costa, Elehe, Denia y Játiva, detívose unos dias en Valencia, y de allí por Murviedro, Nules y Tortosa siguió por la orilla del Ebro hasta Alcañiz, donde se presentaron á hacerle sumision multitud de jefes que habian sido del partido de Ben Hafsin.

Dirigióse seguidamente á Zaragoza, ciudad de muchos años ocupada por aquel rebelde, y donde por lo mismo contaba con numerosos parciales. Pero la fama de Abderrahman y de sus virtudes era ya grande; casi todos los habitantes se declararon por él, en términos que acordaron abrirle las puertas sin condiciones y sin otra fianza que su generosidad. No debió pesarle de ello, porque el califa recibió á todos con su bondad acostumbrada, publicó un indulto para todos los partidarios de Ben Hafsin que se hallasen en la ciudad ó se le sometiesen en un plazo dado, á excepcion del caudillo rebelde y sus hijos, de quienes exigió una sumision especial y con garantías que la asegurasen, y al dia siguiente entró en Zaragoza, dando un dia de júbilo á la recuperacion de una plaza tan importante como Zaragoza, y tanto tiempo hacia desmembrada del imperio. Estas victorias alcanzadas sin efusion de sangre, prueban lo que puede un príncipe á quien antes que el aparato bélico y el esplendor de las armas ha precedido la fama de sus bondades y el brillo de sus virtudes.

Hallándose el califa en Zaragoza, cuya deliciosa campaña mostró agradarle mucho, presentáronsele dos enviados de Ben Hafsin proponiéndole tratos de paz. El rey, dice la cró-

(2) Sampir. Chron. n. 17.

(3) Samp. ibid.—Silens. Chron. p. 295.—Sandoval, Cinco Obispos.—Morales, lib. 15.—Florez, t. 14.

(1) *Al nafil*, una de las muchas palabras árabes que quedaron en nuestro idioma.



nica árabe, los recibió sin aparato ni ostentación en su campo á orillas del Ebro. El mas anciano de los dos, que era alcaide de Fraga, le expuso en muy atentos términos que los deseos de Ben Hafsun eran de vivir en paz con él; que sentía como el que mas la sangre que se derramaba en los combates, y que por lo mismo, si le reconocía la tranquila posesión de la España Oriental para sí y sus sucesores, él mismo le ayudaría á defender las fronteras de aquella parte; en cuyo caso y en prueba de su lealtad le entregaría inmediatamente las ciudades de Toledo y Huesca, y los fuertes que tenía en su poder. Oyó Abderrahman el extraño mensaje y respondió: «Por un exceso de paciencia he sufrido que un rebelde se atreva á proponer tratos de paz al príncipe de los creyentes con aire de soberano: agradece á vuestra calidad de parlamentarios el que no os haga empalar; volved y decid á vuestro jefe, que si en el término de un mes no viene á rendirme homenaje, pasado este plazo no le admitiré ni con ninguna condición ni en ningún tiempo.» Volvieron, pues, los dos mensajeros poco satisfechos del éxito de su misión, y Abderrahman, arreglado lo necesario al gobierno de Zaragoza, y dejando otra vez á su tío Almudhaffar el cuidado de la guerra, regresó de nuevo á Córdoba (1).

Las aclamaciones con que le recibió el pueblo de Córdoba turbáronse con la noticia que llegó de una nueva sublevación en las sierras de Ronda y de Alpujarra. ¿Quién movía ahora á estos montañeses, cuando sus principales caudillos se habían sometido al califa? Un imprudente recaudador de las rentas del azaque había vuelto á encender el fuego ya apagado. La dureza que empleaba en la exacción, las demasías de los soldados que le acompañaban y que se entraban por las casas de los contribuyentes á arrancarles á la fuerza los impuestos, exacerbó los ánimos de aquellos montañeses, que acometieron á las tropas y mataron la mayor parte de ellas. Una vez de nuevo rebelados, volvieron á nombrar por su caudillo al alcaide de Alhama Azomor, el mas prudente y humano de todos, y de quien habían sido tratados con dulzura. Azomor, aunque acababa de someterse al califa y de ser favorecido por él, no tuvo el suficiente carácter para resistir á las exigencias de sus antiguos secuaces y al entusiasmo y empeño con que le proclamaban otra vez. Por debilidad, pues, mas que por su deseo, faltó al califa, y tornó á convertirse en caudillo de rebeldes. Indignado de tal conducta Abderrahman, acudió apresuradamente á sujetar á tan indócil gente, y su diligencia fué tal que apenas tuvieron tiempo los sublevados para internarse en las sinuosidades de sus breñas. Apoderóse el califa de muchos fuertes, mas como considerase que no era ocupación digna de un jefe del imperio la guerra de bandidos, trasladóse á Jaén y desde allí á Córdoba.

Parecía destino de Abderrahman encontrarse, cada vez que entraba en la corte, con alguna importante nueva; esta vez era próspera y grata. Un despacho de su tío Almudhaffar le informaba de la muerte del obstinado Caleb ben Hafsun, acaecida en un castillo de las inmediaciones de Huesca (en mayo de 919). Abderrahman dió gracias á Dios por la desaparición de tan terrible enemigo. Quedaban, no obstante, todavía sus dos hijos, Suleiman y Gíafar, herederos del valor y del espíritu revolucionario y terco de su abuelo y de su padre, que así se trasmitían y perpetuaban de generación en generación entre los sarracenos los odios de familia y de tribu.

Mientras el califa y sus huéspedes se hallaban ocupados en sujetar los rebeldes de su imperio, el rey de Leon Ordoño II, que ya antes de serlo había dado pruebas de su belicoso ardor á los musulmanes, mostraba al tercer Abderrahman que había empuñado el cetro de Leon un monarca por cuyas venas corría la sangre de Alfonso el Magno. Despues de haber devastado el territorio de Mérida, y puesto á los meridianos mismos en la necesidad de comprarle una paz humillante á fuerza de dádivas (918), corrióse á la tierra de Castilla conocida ya con el nombre de Campo de los Godos. Otra acometida que hizo á Talavera, algo reparada ya por los moros de la destrucción de su hermano García, hizo que Abderrahman pensara en

(1) Conde, cap. 71.

atajar los progresos del atrevido cristiano, y juntando grueso ejército, penetró con él hasta San Estéban de Gormaz. En mal hora avanzaron hasta allí los musulmanes; el valiente Ordoño los atacó de improviso, y ganó sobre ellos tan brillante victoria, que al decir del obispo Sampiro, *delevit eos usque ad mingenem ad parietem*, y segun el Monje de Silos, desde San Estéban hasta Atienza quedaron montes, collados, bosques y campos tan sembrados de cadáveres sarracenos, que sobrevivieron pocos que pudieran llevar al califa la nueva de tan fatal derrota (919): que grande debió ser aunque se suponga la asercion de los cronistas algo exagerada (2). Decémoslo, porque no debieron quedar los musulmanes tan completamente deshechos, cuando al poco tiempo se los vió vengar en Min donia el desastre de San Estéban de Gormaz, haciendo en las tropas de Ordoño considerable matanza.

Pero otro suceso, de mas compromiso aun, sobrevino al año siguiente, no ya solo al rey de Leon, sino al de Leon y al de Navarra juntos. El ilustre Sancho García (Abarca), que despues de haber dilatado maravillosamente los términos de su reciente reino había encomendado la dirección del Estado á su hijo García, y retirándose él al monasterio de Leire, veía su provincia invadida cada día y sin cesar hostigada por el valeroso Almudhaffar, que guerrea por la parte de Zaragoza. La noticia de una mas numerosa irrupción de musulmanes debió despertar su antiguo ardor bélico, y hubo de dejar el claustro para acudir al socorro de su hijo: ello es que nos presentan las crónicas á uno y otro príncipe pugnando por rechazar el torrente invasor; y como se sintiesen todavía débiles para resistirle, reclamó García el auxilio del monarca de Leon. No vaciló el leonés en responder al llamamiento del navarro, y púsose en marcha para darle ayuda. Acompañábanle dos prelados, Hermogio de Tuy y Dulcideo de Salamanca (3), llevados de aquella afición á las lides y al estruendo de las armas que tenía entonces contaminados á sacerdotes y obispos. Invitó Ordoño á varios condes de Castilla á que se le incorporaran y ayudaran en esta empresa, mas ellos, ó abiertamente se negaron, ó por lo menos no respondieron á la excitación, y Ordoño prosiguió con sus leoneses hasta juntarse con Sancho y García, y verificada que fué la union marcharon en busca del enemigo que hallaron acampado entre Estella y Pamplona, ó mas bien entre Muez é Irujo, en un valle que por estar cubierto de juncos se llamó Val-de-Junquera (921).

Allí se dió la batalla de este nombre, tan fatal para los tres reyes cristianos. Disputada fué la victoria, pero declaróse por los agarenos, los cuales, entre otros muchos cautivos, llevaron á Córdoba los dos ilustres prelados. Dulcideo pudo al fin obtener su rescate: Hermogio para volver á su diócesis tuvo que dejar en rehenes á su sobrino Pelayo, niño de diez años, que encerrado en un calabozo alcanzó despues la palma del martirio, y cuya desventurada y lastimosa historia mas adelante referiremos. Derrota fué la de Valdejunquera que hubiera podido ser mucho mas desastrosa para los cristianos, y muy señaladamente para el rey de Navarra, si en lugar de seguirle las huellas no hubieran tomado los moros con extrañeza general el camino de Francia por los ásperos y rudos senderos de las montañas de Jaca, sin que sepamos qué objeto pudo moverlos á tan aventurada expedición. Sabemos, sí, que algunos llegaron por la Gascuña hasta Tolosa, donde acaso se contentaron con la curiosidad de visitar rápidamente, ó con la vanidad de poder contar que habían visitado los países donde habían llegado las armas de sus mayores. De todos modos al regreso tuvieron ocasion de reconocer su imprudencia, porque rehechos Sancho y García, los esperaron en los terribles desfiladeros del Roncal, donde vengaron la derrota de Valdejunquera, por mas que Murphy parezca ó negarlo ó ignorarlo (4).

Tampoco hablan las historias árabes de lo que hizo el rey de Leon durante la expedición del ejército musulmán allende

(2) Silens, p. 297.—Sin embargo, no tenemos otra guía para estos sucesos que las crónicas cristianas, pues los historiadores árabes guardan aquí un profundo, y como si fuese estudiado silencio.

(3) El mismo á quien, siendo presbítero de Toledo, envió Alfonso el Magno á Córdoba á estipular con Abdallah las condiciones de la paz.

(4) Abarca y Moret en sus historias.—Murphy, c. 3.

el Pirineo. Parece estudiado olvido el que sobre estos reinados padecieron los escritores mahometanos. Mas no por eso hemos de dejar de mencionar nosotros la atrevida incursión de Ordoño II por las tierras musulmicas, asegurando el cronista Sampiro que llevó su arrojo hasta ponerse á una jornada de Córdoba (1). De vuelta de esta arriesgada correría y hallándose en Zamora tuvo el sentimiento de perder su primera esposa Elvira (2), á quien amaba mucho, y de quien tenía cuatro hijos y una hija, Alfonso, Sancho, Ramiro, García y Jimena: sentimiento que no le impidió contraer segundas nupcias con una señora llamada Aragonta, gallega tambien como Elvira, y á la cual repudió luego (3), pasando á tomar otra tercera mujer de la sangre real de Pamplona, Sancha, hija de García (4).

No podía olvidar el monarca leonés el desaire y agravio que le hicieron los condes de Castilla en haberse negado á acompañarle y auxiliarle en la guerra de Navarra; y como á su falta atribuyese en gran parte el desastre de Valdejunquera, determinó castigar con todo rigor á los que tanto habían ofendido su autoridad. El resentimiento parecia fundado: el castigo no le aplaudiremos nosotros si fué del modo que Sampiro refiere. Cuatro eran los condes que principalmente se habían atraído el enojo del rey, y los mas poderosos de aquella época; Nuño Fernandez (el suegro de su hermano y predecesor don García), Abolmondar el Blanco (en cuyo nombre no puede desconocerse la procedencia árabe), su hijo Diego, y Fernando Ansuez. Sabedor Ordoño de que todos cuatro se hallaban reunidos en Burgos, los invitó á una conferencia en un pueblecito de la provincia llamado Tejares sobre las márgenes del Carrion. Acudieron allí sin desconfianza los despreñados condes; y tan luego como los tuvo en su poder hízolos conducir, cargados de cadenas, á las cárceles de Leon: despues de lo cual ya no se supo mas sino que todos habían sido condenados á muerte. De desear sería que se descubriera, si llegó á formarse, el proceso de estos desgraciados.

Dos solas ciudades de Navarra se levantaron por la causa de los condes, Nájera y Viguera (entonces Vicaria ó Vicaría). Nuevamente solicitó el navarro el auxilio del leonés para el recobro de las dos fuertes ciudades rebeladas, y nuevamente acudió Ordoño en persona al frente de su ejército, y obrando en combinación con García, no tardó en poner á su amigo y aliado en posesión de aquellas dos importantes plazas. En esta expedición, última que hizo el rey Ordoño (923), fué cuando obtuvo la mano de la princesa Sancha (5), viviendo aun la repudiada Aragonta.

Poco tiempo pudo gozar de los halagos de su nueva esposa. Regresado que hubo con ella á sus Estados, sorprendióle la muerte en el camino de Zamora á Leon (enero de 924) á los nueve años y once meses de reinado. Fué el primer monarca que se enterró en la suntuosa catedral de Leon que él mismo había hecho erigir desde 916 en el sitio donde estaban los palacios reales (6).

Aunque Ordoño II dejaba los cuatro hijos varones que hemos nombrado, á ninguno de ellos le fué dada la corona. Los magnates y prelados colocaron en el trono de Leon á su hermano Fruela, que gobernaba las Asturias dándose el título de rey, verificándose así que todos tres hijos de Alfonso el Mag-

(1) Chron. n. 18.

(2) Sampiro llama Nuña. El arzobispo don Rodrigo la supone dos nombres, cosa muy comun en aquel tiempo.—Florez, Reinas Católicas, tomo I, pág. 79.

(3) Este acto del repudio, que algunos escritores censuran ágramente en Ordoño, y que otros omiten como quien huye de lastimar su reputación, era muy frecuente en aquellos tiempos, y de ello encontraremos en lo de adelante ejemplos muy repetidos. En Navarra, al decir de Yan gas (Historia de Navarra, pág. 43), los nobles podían divorciarse libremente segun fuero, y los plebeyos pagando un buey de multa. El obispo de Pamplona Pedro de Paris, aconsejó á Sancho el Sabio que no permitiese semejante abuso, y el rey con acuerdo de los ricos-hombres mandó que los matrimonios hechos con capellan y sortija no pudieran deshacerse.

(4) Florez, Reinas Católicas, tom. I.

(5) Sanctiva la llama Mariana.

(6) En su sepulcro se leen dos largos epitafios latinos, que son como un compendio de su historia.

no fueron sucesivamente reyes de Leon, con perjuicio de los hijos del segundo: bien para la unidad española, porque de esta manera volvieron á unirse en el tercer de estos príncipes Leon, Galicia y Asturias, divididas á la muerte de su padre. No sabemos qué pudo mover á los grandes á dar esta preferencia á Fruela II, cuyo corto reinado de catorce meses solo ha suministrado á la historia dos actos de insigne crueldad é injusticia cometidos con dos hijos de un caballero leonés nombrado Olmundo, condenando á muerte al uno, y desterrando del reino al otro, que lo era Frominio, obispo de la ciudad, sin razon ni causa que se sepa, como acaso no los sospechara cómplices en las anticipadas pretensiones de Alfonso, hijo de Ordoño II, al trono que ocupaba su tío. De todos modos no debió aparecer justificado el motivo, puesto que el hecho le concitó la odiosidad de sus súbditos, y á castigo providencial de aquella arbitrariedad tiránica atribuyeron la temprana muerte del rey (925), y la innumada lepra de que sucumbió. Algunas fundaciones y donaciones piadosas y un camino público hecho en Asturias, todo antes de ser rey de Leon, fueron los únicos recuerdos que dejó este monarca (7).

En el mismo año que se coronó rey de Leon Fruela II, falleció el ilustre rey de Navarra Sancho García Abarca, dejando por sucesor del reino á su hijo García Sanchez llamado el Temblon (8).

Refiérese tambien á este tiempo la creación de un famoso tribunal en Castilla; creación que aunque descansa en el testimonio del arzobispo don Rodrigo, escritor muy posterior á la época de los sucesos, alcanzó gran celebridad histórica, y ha sido despues objeto de graves cuestiones entre los críticos. Hablamos de la institucion de los *Jueces de Castilla*. Refiérese que indignados los castellanos de las arbitrariedades de los monarcas leoneses, y no siéndoles fácil levantarse en armas contra su autoridad, acordaron proveer por sí mismos á su gobierno, á cuyo fin eligieron de entre los nobles dos magistrados, uno civil y otro militar, con nombre de *Jueces*, título que les recordaba su misión de hacer justicia, no el derecho de autoridad sobre los pueblos, ni menos el de oprimir su libertad. Que para este honroso cargo nombraron á Lain Calvo y á Nuño Nuñez Rasura, yerno aquel de este, aquel para los negocios de la guerra, por ser varon de grande ánimo y esfuerzo, este para los asuntos civiles, por su mucha instrucción y prudencia. Que estos magistrados juzgaban por el Fuero Juzgo de los visigodos, y que bajo esta forma semi-republicana se rigió la Castilla hasta que se erigió en condado independiente. Por último, que de estos dos primeros jueces trajeron su procedencia y fueron oriundos los ilustres Fernan Gonzalez y Rodrigo Diaz de Vivar, que sucesivamente se hicieron despues tan célebres en los fastos españoles (9).

Del mismo modo que Fruela II había sido antepuesto en la dignidad real á los hijos de su hermano Ordoño, así á su fallecimiento se vieron postergados los hijos de Fruela eligiendo los grandes al mayor de los de Ordoño, Alfonso, que eñó la corona con el nombre de Alfonso IV (10): prueba grande de la libertad electiva que seguían ejerciendo los prelados y nobles

(7) Sampir. Chron. n. 20.—Risco, Esp. Sagr. tom. 37.

(8) Porque temblaba, dicen, y se agitaba siempre al entrar en batalla, no de miedo, añaden, sino por natural ardor é impaciencia de vencer siempre al enemigo.

(9) Emitiremos mas adelante nuestro juicio sobre esta institucion, que admitió sin vacilar Mariana, que niegan sus comentadores, y sobre la que escribió Masdeu una de las *Ilustraciones* de su Historia Crítica.—Diremos, no obstante, que en la provincia de Burgos, á trece leguas de la capital, partido judicial de Villarcayo, existe un pueblo llamado *Visjueces*: en el pórtico de su iglesia se ven dos estatuas de piedra, que dicen representar los dos primeros jueces de Castilla, sentados en actitud de administrar justicia, por ser este el pueblo donde supone la tradicion tenían su residencia y tribunal los dichos jueces, y de aquí el nombre de *Visjueces*, corrupción del antiguo *Vijudico*. Al pié de las estatuas se leen las siguientes inscripciones.

Laino Calvo fortissimo Civi Gladio, Galeaque civitatis.  
Nuño Rasura Civi sapientissimo civitatis Cliepo.

(10) Los hijos de Fruela, habidos de su primera esposa Numilona Jimena, eran tres, Alfonso, Ordoño y Ramiro, y otro tenido fuera de matrimonio nombrado Azenar. Su segunda mujer se llamaba Urraca. Florez, Reinas Católicas, tom. I.